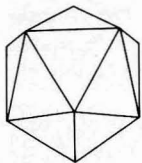


Jean-Pierre
Larochette

MEMORIA



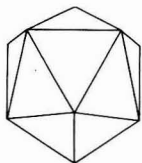
La memoire c'est la mère des moires. Él ya no recuerda a los hombres. Un paisaje, ¿cómo es un paisaje? Decimos: es un árbol sobre la tierra, tierra sobre tierra para una colina, espacio que llueve sobre esa tierra, luz recostada sobre el espacio.

Después, entre cuatro paredes, pintó un paisaje de hojas, un sol vegetal, un hombre que tiene por rostro un cuerpo de mujer. Quiso dibujarle una mano a ese hombre y la mano se convirtió en pájaro. Un pájaro-mano.

Fue en un paisaje de savia. Había sido tantas veces la mínima representación del mundo un pedazo de valle que ya no lo creíamos. Y ese paisaje ya no era imagen: ribera de nuestros ojos, cambiante al tiempo de las mareas en que navegábamos savia adentro hasta quedar sujetos a otras orillas un poco más asombrados. Decíamos: ¿cómo es un hombre y un paisaje? ¡Qué cara! ¿es eso? —Ya el me incrustaba en la madera de un árbol esperando que me crecieran raíces— ¿es eso? ¿Un hombre y un paisaje, sin brotes en los brazos, sin pelos en las ramas, sin nidos en la cabeza? Era una paisaje de savia y faunos donde corría sin alcanzarla hasta ver al sol clavado vertical sobre su cuerpo para poderme deslizar entre las llamas.

La memoire c'est la mère des moires. Nos pintó haciendo el amor, un hombre con grandes cuernos de fauno sentado sobre un tapiz de brotes, hojas y ramas, sin pulmones, pero con dos ojos de mujer y un largo brazo desprendido de mi pecho descansando sobre mis manos.

BERESHIT Y ELLOS



Jamás me detuve a pensar sobre la posibilidad de un río. Incluso, y acaso, estoy parado en dos gotas. Me acuesto sobre el puente.

Es desde aquí donde sin pensar no soy culpable: y sin pensar hablo, ausente de profundidades que hicieron daño, o hilvanando sonidos en las varas del número que se ha comprobado exacto, y tan exacto como el ángulo en que ahora reposan mis rodillas a veces atareadas.

No hay niebla bajo este puente y sin embargo no se ve claro. No es que "no vea claro", aquél que pasa tiene cara de desierto y por pupilas usa dos nubes. En este caso, los únicos que riendo hacen gestos y delinean paisajes que no reconozco, son los enamorados: incluso si caminan juntos. En un momento él, que trae abrazando un árbol —ramas, hojas, espacio— y el ser, pasa, se recoge, inclina y canta: y sin querer saluda.

Uno observa y el otro descansa: como partes de un mismo cuerpo. Uno pronuncia y el otro sueña. Y en las manos sus manos.

He visto uno que crecía tanto en su amor que repentinamente con un pie chapoteó en el río, desde el puente. Tardaron una tarde en escuchar el agua y ver el otro pie seco; entonces ella, como en una respuesta siempre viva, de cuclillas, cuidadosamente, recogió en suaves pliegues su pantalón mojado. Allí nos vimos bien, a través de unas piernas. Era

silenciosa y cercana; era parte de las ramas que apoyaba él como un bastón de raíces vibrantes; era como él mismo, acaso mucho más que él mismo sin recordarlo; nos vimos bien y supe que éramos tres o cinco o todos quizá, y poseí una hoja de ese bastón nuestro.

En una palabra, y quizá porque su amor había tocado el río, coincidimos en la fragilidad del puente: aquí estamos —me dijo— lejos del río, a una distancia evolucionada y gradual, sin otra pretensión que la de dudar en la consistencia de tanto vacío que nos separa. Y entonces palpé su pierna húmeda para decirle de la fragilidad del puente.

Con cierto temor me recuesto nuevamente cuidando que la posición de reposo sea exacta. No insisten, pero a veces creo oír el rumor del agua ahí abajo y me da vértigo. Cuando hablé con ella mi felicidad fue grande; vi un trozo de paisaje que pisaban y algo de aquella luz de tierras me sembró dátiles.

Por las mañanas —escucho— alguien suele bajar hasta el agua misma para retornar amable. Luego camina por las calles, lejos de aquí, supongo, y con la cabeza hacia atrás recorre en silencio la novedad del camino. Le llaman Bereshit. Siempre sonriendo una gracia antiquísima. Andando incluso en procesiones improvisadas por un grupo de edad imprecisa que irrumpe esta niebla con carcajadas novedosas, producto de otra comicidad, muy moderna y de uso general. Algo así como el alboroto de vientos efímeros entre la savia del árbol. Las nubes entonces están muy bajas, tan bajas que únicamente se lo distingue a él, o una parte asombrosa de su persona. Han tratado de arrestarla, a esa parte: escucho que

□ Jean-Pierre Larochette

Nació el 17 de enero de 1942 en Buenos Aires. Familia de nacionalidad francesa, padre originario de Aubusson. Entre 1948-59 vivo en San Carlos de Bariloche, en el sur argentino, donde termino la escuela secundaria. A raíz de un primer premio en una exposición de pintura —1959— viajo a Buenos Aires donde ingreso en el Instituto de Bellas Artes, bajo la dirección de Carlos Alonso y trabajo en el taller de Vicente Puig.

1960. Viaje general a Europa y estudios en Aubusson para especializarme en la técnica del gobelino, cuyos fundamentos mi padre me enseñó.

1961. Regreso a Argentina para partir en 1962 a Italia desde donde parto a Israel con un contrato por dos años para, bajo la dirección de Jean Lurçart, instalar un taller de gobelinos. Años importantes leyendo la literatura religiosa hebrea y principalmente la cabalística.

1964. Parto a Grecia rumbo a la India, viaje que me lleva casi dos años. Lo único que hago es caminar y escribir tratando constantemente de integrarme a lo lugareño. Países árabes, Persia, Afganistán, Pakistán, donde encuentro a miembros de una comunidad relativamente nueva: AMADYA, quienes me invitan a sus monasterios de Rabwa y me dan a leer el Avesta, paso importante. La comunidad me envía a la India y a Cashmir algunos centros de importancia histórica para los Amadim. Estando en Lahore estalla el conflicto indo-pakistano y me veo forzado a regresar a Teherán. Lento regreso a Europa. A fines de 1965 llegó a París después de haber pasado por Yugoslavia, Bulgaria, Austria, Alemania. Decido invernar en Grecia, isla Poros, donde escribo relatos y trato de darle un sentido a lo que se formó por el camino.

1966. Israel, donde paso algunos meses en un kibutz hasta venir a México. Entre 1963-66 conozco de cerca el movimiento Beatnik, sobre todo en Estambul, donde acaso estén los representantes anónimos más importantes. Nueva perspectiva. En 1964 conozco a Yael, donde la realidad se hace repentinamente supralógica. Ella cambia su pintura y yo mis escritos.

ante el dilema —la parte culpable, dicen, era indivisible e inubicable— optaron por llevárselo entero y con las manos cruzadas.

Pero regresa y es desde aquí donde tarareo melodías tan ajenas al puente que, finalmente, palpando cada metro, sentándose luego, avanzando sin desaprovechar la máxima cantidad de puntos de apoyo, se acerca y queda contemplando la gran estructura.

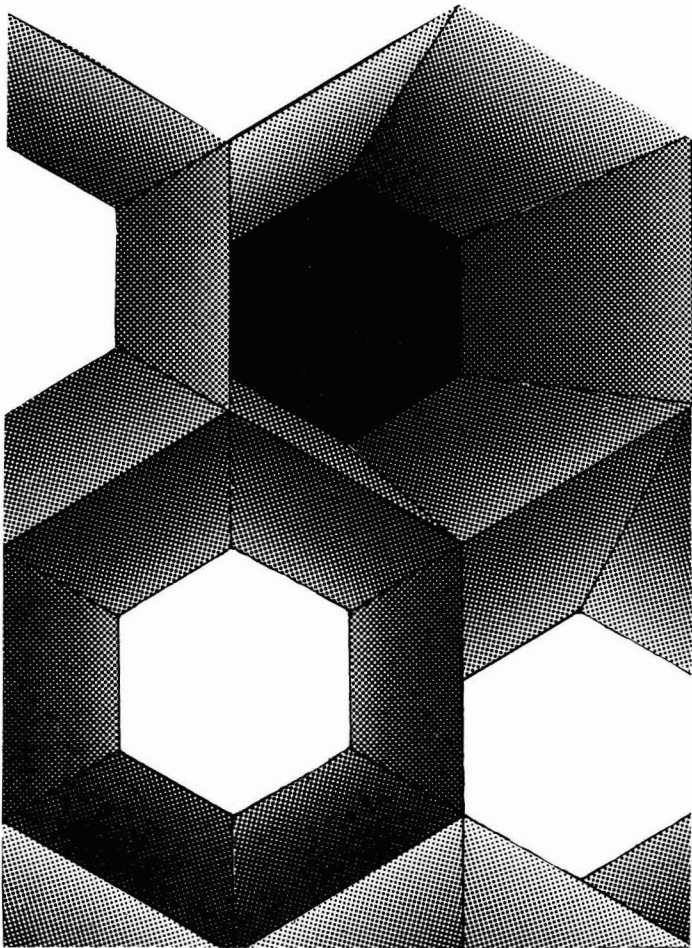
Un viaje —dice— viéndome: el tiempo nos dibuja como nos imaginamos una vez; desde la fuente que iremos a visitar el agua se remueve, cambia, es la misma. Antes de escuchar hablar de ellos señala la niebla —ese señor, la gran geometría—, de los que reglan, programan, revelan, tuvimos nuestra lágrima y nuestra risa. Verás, después nos miraremos sorprendidos por el viaje.

Estoy en el puente, aferrado al puente. No es vértigo, es nostalgia. La niebla se alza y me prendo a las volutas de un paisaje celeste. La tierra se extiende como un globo de tela en la que he pintado lo que quiero. Un hombre mitad árbol mitad mujer que ama, un viaje, unas palabras que no significan nada pero que al pintarlas hacen música.

Sobre todo distingo de la tierra una idea.

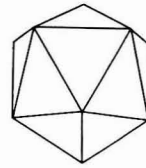
Y una nota, y risa suave, y encuentros estridentes.

El puente que comienza a girar lentamente en un zumbido. Rápidamente en el vacío. Velozmente en un grito de vértigo.



Elsa Cross

LA PRUEBA



Alguna tarde en la sacristía, el padre Benito les había hablado a Luis y a él de esas historias. Cuando Guillermo salió de la iglesia, después de ayudar a decir la misa de siete de la noche y vio a la mendiga sentada en la acera, replegándose contra el muro húmedo del templo, las recordó. Pero no fue sino hasta después cuando empezó a creer que tuvieran alguna relación con él y con esa mujer vieja y repulsiva.

Al pasar frente a ella, no le dio ninguna limosna porque sólo traía las monedas justas para tomar el camión hacia su casa y diez pesos que cada domingo le daba su papá.

Llegó a la parada del camión pensando en las pláticas del padre Benito sobre la caridad (*quien da a los pobres me da a mí*), considerando que ya cumplía bastante con su deber de monaguillo. Fue entonces cuando recordó las pruebas de Dios y la historia de San Julián, pero en ese momento se dio cuenta de que el camión que debía tomar se acercaba y trató de rechazar esas ideas.

Iba casi vacío y Guillermo se fue hasta el último asiento pensando aún en las historias que contó el padre Benito. Eran muchas, todas parecidas, pero la que más lo impresionaba era la de San Julián, que había recibido en su casa a un leproso y había cuidado de él. Y el leproso era un enviado del Señor (¿o el Señor mismo?) que al final reveló a Julián su identidad. Y la historia de San Martín y... ¿qué otros santos había mencionado el padre? Dios se valía de muchas cosas para probarnos, eso era lo cierto, como era cierto que Él o la Virgen o ángeles que ellos enviaban, a veces se hacían presentes en la tierra con formas miserables y tristes para

□ Elsa Cross

Nací en la ciudad de México en 1946. Por once años soporté un siniestro colegio de monjas. Fui suspendida varias veces por comunista, por hacer en clase una pregunta impertinente acerca de Alejandro VI, por irme de pinta, por leer libros prohibidos. Sin embargo, durante mucho tiempo oscilé entre el convento y la guerrilla. Antes de acercarme a la literatura me interesó seriamente la lucha política; pero nunca hice nada, sino atormentarme y coleccionar sentimientos de culpa y deseos de expiación. También me interesaban la pintura y la música.

Por fin, empecé a escribir en 1963 y fui miembro del grupo Mester. Al año siguiente entré a la UNAM a estudiar Filosofía. Más que lecturas, son decisivas en mis años de aprendizaje algunas experiencias, cosas que me han sucedido o que no me han sucedido.

He publicado en muchas revistas y suplementos. Hace dos años edité una plaqueta de poemas en prosa, Naxos, y estoy terminando un libro de poemas. No obstante me interesa más la narrativa. Tengo algunos cuentos —pocos— y un intento fallido de novela, pero hay cosas que yo nunca podría decir en un poema y otras que no podría decir en un cuento. Es obvio. Ergo, seguiré “cultivando” los dos géneros. Tuve un segundo lugar en un concurso de cuento que organizó el INJM en 1966 y este año recibí el premio “Diana Moreno Toscano”. Pero por lo pronto, lo único que voy a escribir en mucho tiempo será —oh desgracia— una tesis, y para mi mayor tristeza, ni siquiera de literatura.